



9/16/2018

LOS BIENAVENTURADOS (Parte 4) Mateo 5:1-13

Este es el cuarto mensaje de la serie titulada “Los bienaventurados”, basada en las bienaventuranzas que el Señor Jesús pronunció en el Sermón del Monte. Creo que hasta este punto ya tenemos bien claro el profundo significado de la palabra *bienaventurado*. También tenemos bien claro quiénes son los bienaventurados de Dios y por qué reciben las bienaventuranzas de Dios. Con esto en mente es mi oración que estemos bien motivados para anhelar con todo el corazón ser un bienaventurado o bienaventurada de Dios.

También tenemos bien claro que las bienaventuranzas describen cómo debe ser el comportamiento de los hijos de Dios en el mundo; describen cómo hace la diferencia en el mundo un ciudadano del Reino de Dios. Las bienaventuranzas también reflejan que el carácter del Señor Jesucristo se está formando en la vida del creyente, pero también nos dejan ver que son las recompensas con que Dios premia a sus hijos fieles y obedientes.

Hasta ahora hemos visto las primeras cuatro bienaventuranzas del Señor Jesús. La primera bienaventuranza es para los pobres de espíritu. No es lo mismo un espíritu pobre que pobreza de espíritu. El primero refleja su alejamiento de Dios al no conocer las verdades y las promesas dadas por Dios en su Palabra. Pero el segundo reconoce su gran necesidad del Señor. Este es quien deja a un lado el orgullo y reconoce su dependencia en Dios. Para este creyente hay un lugar muy especial reservado en el cielo.

La segunda bienaventuranza es para los que lloran, es decir, para aquellos que sienten un profundo pesar por su condición personal de pecado, por la situación de pecado en el mundo, por el hambre, la enfermedad, el dolor y la miseria y quiere hacer la diferencia. Para este creyente Dios le promete el consuelo; el consuelo de Dios le fortalece y anima para empezar a hacer la diferencia en el mundo. Tal vez no podrá cambiar la situación de todo el mundo, pero si cambia la de una sola persona ya habrá hecho la diferencia. Solo un creyente superficial no se conmovió al ver todo esto que ocurre en su propia vida y en el mundo y tendría que autoevaluarse porque no está reflejando el amor de Cristo.

La tercera bienaventuranza es para los mansos. Estos son los que no responden con violencia a la violencia, con insulto al insulto, no se dejan llevar por las provocaciones ni devuelven mal por mal, sino bien por mal. Para este creyente Dios tiene reservada una bendición muy grande aquí en la tierra; bendición que es traducida en términos de prosperidad y ya hemos visto cómo es la prosperidad a la manera de Dios y no a la manera en que en muchos lugares es enseñada o a la manera en que el mundo la entiende.

La cuarta bienaventuranza es para los que tienen hambre y sed de justicia. Estos son los que se oponen terminantemente a cualquier tipo de injusticia en el mundo y no participan de ella. Se oponen a la injusticia y no participan de ella porque practican la justicia y ya hemos aprendido que esto significa *hacer lo que es correcto*, por supuesto, lo correcto delante de Dios. Esta es la manera en que hacen la diferencia en un mundo injusto. Otra vez, no solo se oponen a lo injusto, el creyente verdadero practica la justicia. Para este creyente Dios promete llenarlo de su justicia, no solo para protegerlo sino para que practique la justicia y haga así la diferencia.

Hoy veremos dos bienaventuranzas más que espero que llenen su alma de entusiasmo, de gozo, de ánimo y de paz para que pueda hacer la diferencia en el mundo.

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”
(v.7).

Para entender lo que significa *misericordia* y la importancia que ésta tiene para Dios, déjeme decirle que la palabra misericordia en latín es una palabra compuesta de tres elementos: *miser* (miserable o desdichado), *cordis* (corazón) y el sufijo *ia*, que se refiere a sentir. Misericordia es la capacidad de sentir el sufrimiento de los demás y si usted lo siente, usted no quiere estar en constante sufrimiento, usted quiere salir de allí lo más pronto posible; entonces significa que usted haría lo que fuera para que la persona que sufre salga del sufrimiento. El sentido de la palabra es *dar el corazón al necesitado*.

Misericordia no tiene nada qué ver con lástima o con solamente golpear la espalda del que sufre diciéndole *“todo está bien”*. Misericordia es algo práctico, no emocional. Es tan importante para Dios que no lo deja como una opción para el creyente; lo da como un mandato: *“Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso”* (Lc. 6:36). Si Él

ha sido misericordioso con nosotros dándonos su corazón, así también debemos serlo nosotros con los demás.

A los fariseos Cristo los reprendió muy duramente por desconocer el significado de la palabra misericordia (Mt. 9:13; 12:7). Por esto mismo no podían ponerla en práctica y entonces los reprendió duramente por su falta de misericordia: “*¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque diezmaís la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello*” (Mt. 23:23). Eran muy religiosos y eran bien legalistas, pero su falta de misericordia indicaba que en realidad no conocían a Dios y, por lo tanto, no tenían una relación con Él. Lo mismo ocurre con muchos llamados *creyentes* el día de hoy. Pero cuidado, porque así como hay una gran recompensa para quienes muestran misericordia, también hay una gran advertencia para quienes no muestran misericordia: “*Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no hiciere misericordia; y la misericordia triunfa sobre el juicio*” (Stg. 2:13). Por eso dice también Santiago que es sabio ser misericordioso (Stg. 3:17).

Tal vez el mejor ejemplo que usó nuestro Señor para enseñarnos el significado de la misericordia y la importancia de practicarla se encuentra en la parábola del buen samaritano (Lc. 10:25-37). En esta parábola los dos primeros personajes, el sacerdote y el levita, conocían muy bien la Palabra de Dios, se supone que eran siervos de Dios, pero sólo eran religiosos, creyentes de nombre pero no de hecho. Por eso pasaron de largo viendo a aquel hombre malherido sin importarles su sufrimiento. Pero pasó un samaritano, el cual era fuertemente despreciado por los religiosos judíos. Éste si tuvo compasión del herido aquel. Le curó sus heridas en aquel mismo momento y no conforme con ello, lo llevó a un mesón para que descansara y se recuperara de sus heridas corriendo él con los gastos. La misericordia no se queda en la mera contemplación del dolor sino que va más allá, tratando de darle remedio. La misericordia es dar pan al hambriento, agua al sediento y medicina al enfermo; es vestir al desnudo y dar el abrazo y la palabra de amor y de ánimo a esa persona que tanto lo necesita. Así es como se hace la diferencia en el mundo.

Para el misericordioso hay una gran recompensa: también recibirá la misericordia de Dios. Seguramente el Señor tenía en mente las palabras del salmista que dijo: “*Con el misericordioso te mostrarás misericordioso, y recto para con el hombre íntegro*” (Sal. 18:25). Es decir, Dios también estará

atento y presto para socorrernos en nuestras necesidades materiales, físicas, emocionales y, por supuesto, espirituales. Y no nos soltará hasta asegurarse de que estemos completamente bien para continuar nuestro camino. Y para hacerlo, usará de buenos samaritanos y Él espera que nosotros seamos buenos samaritanos también.

“Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios” (v.8).

En el Antiguo Testamento se hace la distinción entre animales limpios o puros y los animales impuros. Los animales limpios eran aquellos que se podían ofrecer en sacrificio delante de Dios porque eran aceptables delante de Él. Aunque esta práctica religiosa queda terminada con el sacrificio único y perfecto de nuestro Señor Jesucristo, el principio igual prevalece hasta el día de hoy. El creyente de corazón limpio es el que es agradable delante de Dios y sus ofrendas y aún su servicio, como una especie de sacrificios, son aceptadas por el Todopoderoso.

La palabra *limpio* tiene el sentido de *pureza*, es decir, *sin culpa*. Delante de Dios son sin culpa aquellos que han sido justificados por la Sangra del Cordero, es decir, aquellos que han entregado sus vidas a Jesucristo y lo han confesado como Señor y Salvador de sus vidas. Son las personas que ya no viven bajo el dominio del pecado, es decir, no los que ya no pecan, por cuanto todos pecamos, pero los que saben reconocer su pecado y vienen arrepentidos delante de Dios.

Para el de limpio corazón hay una gran recompensa, pero para entender esta recompensa debemos tener en cuenta que una vez más, el Señor Jesús toma esta bienaventuranza del Antiguo Testamento cuando el rey David dice: *“¿Quién subirá al monte de Jehová? ¿Y quién estará en su lugar santo? El limpio de manos y puro de corazón; El que no ha elevado su alma a cosas vanas, Ni jurado con engaño. El recibirá bendición de Jehová, Y justicia del Dios de salvación” (Sal. 24:3-5)*. Cuando juntamos lo que enseña el Antiguo Testamento con lo que enseña el Señor Jesús, notamos que ver a Dios tiene dos sentidos, en primer lugar, es ver a Dios en acción en la vida de este bienaventurado cuando Dios lo tiene bajo su cuidado protegiéndole y derramando bendición constante; en segundo lugar, sin duda alguna, esta persona estará un día en la presencia eterna de Dios, es decir, lo verá cara a cara por siempre. Esta es la mayor y más grande recompensa para el creyente fiel y obediente. Este también es el mayor anhelo del creyente; el que tiene su mirada puesto en lo eterno y no en lo temporal, el que se esfuerza cada día por ser mejor delante de Dios.

El corazón es limpiado cuando se viene a los pies de Cristo y se le recibe como Señor y Salvador. Esto es lo que significa cuando Él dijo: *“Ya vosotros estáis limpios por la Palabra que os he hablado”* (Jn. 15:3). El Apóstol Juan también dice que fue la Sangre de Cristo la que nos limpió de todo pecado (1Jn. 1:7,9). El corazón limpio nos hace amar de verdad, a la manera de Dios (1Ti. 1:5) y nos hace huir de la tentación del pecado invocando el Nombre del Señor (2Ti. 2:22). La persona limpia de corazón reconoce que, aunque ha sido lavada por la Sangre de Cristo, en su caminar enfrenta tentaciones y a veces cae, entonces sabe que puede venir al Señor buscando su perdón. Esto es así porque el mismo Señor Jesús dijo: *“...El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio...”* (Jn. 13:10). David nos enseña que limpiamos nuestro corazón al orar a Dios; este rey oró a Dios así: *“Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí”* (Sal. 51:10). Por eso Dios dijo que David era conforme a su corazón.

Conclusión.

Nuestro Dios es realmente asombroso, maravilloso; es un Padre sin igual. En su amor y misericordia, no solo nos salvó del pecado y del infierno, sino que aquí en la tierra nos tiene preparadas preciosas y grandísimas promesas. Esas promesas son las bendiciones que Dios tiene preparadas como recompensas para sus hijos fieles y obedientes. Estos son los que reflejan el carácter de Cristo en la tierra, son los que hacen la diferencia en el mundo, los que no se dejan caer por las circunstancias adversas, los que no se alejan de Dios cuando todo va mal.

Hoy hemos aprendido lo importante que es la misericordia en el pensamiento de Dios. Hemos aprendido que no es algo emocional sino práctico; hemos aprendido que no es el sinónimo de lástima sino que es una virtud. La misericordia es dar pan al hambriento, agua al sediento y medicina al enfermo; es vestir al desnudo y dar el abrazo y la palabra de amor y de ánimo a esa persona que tanto lo necesita; es decir, misericordia es hacer como hizo el buen samaritano. Así es como se hace la diferencia en el mundo. Practicar la misericordia es hacer todo lo contrario a lo que hicieron aquellos dos religiosos de la parábola, que lo único que hicieron fue mostrar su insensibilidad y su falta de amor, manchando así el Nombre del Dios de amor.

Aprendimos que la misericordia tiene recompensa, pero también castigo de parte de Dios para con nosotros. Misericordia para el

misericordioso y castigo para que es falta de misericordia. La misericordia de Dios se traduce en que Él también tendrá cuidado de nosotros y estará pronto para socorrernos en nuestras necesidades materiales, físicas, emocionales y espirituales y se asegurará de que estemos completamente recuperados, restaurados, fortalecidos, llenos de gozo y de ánimo.

También hemos aprendido que para el de limpio corazón la promesa es muy similar. Aprendimos lo que significa ser limpio de corazón. El de limpio corazón refleja el amor de Dios y para esta persona Dios tiene reservadas preciosas y grandísimas promesas aquí en la tierra y la más grande de todas, allá en el cielo. Pero la motivación es que su presencia estará de continuo en la persona de limpio corazón, aquí en la tierra y por toda la eternidad.

Vale la pena creerle a Dios y hacer la diferencia en el mundo. Por supuesto, satanás tratará de desanimarnos cuando queremos hacer esa diferencia. Nos pondrá en el camino personas que solamente tratan de usarnos, que se burlan de nosotros, que no valoran lo que hacemos y que hasta van a hablar mal de nosotros si no cumplimos lo que quieren de nosotros; otros hasta nos van a traicionar. Pero nada de eso debe de impedir que sigamos haciendo la diferencia porque todo lo que hacemos en el servicio es para la gloria de Dios.

Es verdad que debemos ser cuidadosos para evitar caer en el juego de algunos, pero esto no debe ser excusa para cerrarnos de servir. No debemos hacerle caso a las palabras de satanás que tratará en todo momento de desanimarnos, sino que más bien, debemos escuchar y estar atentos a las palabras de Dios. Él nos dará el discernimiento y la guía para hacer las cosas bien; Él nos llenará de ánimo y de fortaleza para que podamos hacer la diferencia en un mundo que se pierde sin Cristo, sin fe y sin esperanza. Si una persona es rescatada, entonces ya hicimos la diferencia en esa persona. Esa persona se unirá a nuestro movimiento porque ha experimentado el amor de Dios en acción y estará lista para ahora mostrarlo a los demás; así es como crece la Iglesia de Cristo. Y todos juntos daremos la gloria, la honra y el honor a nuestro Señor Jesucristo. Amén. Vamos a orar...